

La concepción, el desarrollo, la redacción y la publicación de esta novela que usted acaba de leer, no hubieran sido posibles sin las personas a las que cito a continuación. Soy consciente de que algunos de los nombrados hubieran preferido no ser citados y que otros no aceptarían mi agradecimiento. Sin embargo, todos los nominados han hecho realidad el *Manual del Buscador de Oro* y, puesto que es de bien nacidos ser bien agradecidos, vayan por ellos mis agradecimientos, sin ningún tipo de orden cronológico o alfabético para no ofender a unos ni ningunear a otros. Por otra parte, las cosas han sido como han sido y poco puedo hacer yo por cambiarlas.

El equipo de Ediciones *Próxima*, por todo el apoyo que de ellos he recibido.¹

¹ José María López, Jefe de Redacción; Laura Fernández, Responsable de Distribución, Juancho Calvino, Relaciones Públicas y Ernesto Sanchidrián, Director. Al principio se mostraron desconcertados ante el desarrollo de la novela. López no quería ni oír hablar de su publicación, aduciendo que Ediciones Próxima no podía dar pábulo a la historia de un presidiario; yo creo que López tenía miedo de verse envuelto en una trama de ayuda al delito y de dar cobijo a un delincuente; en varias ocasiones expuso su punto de vista en el que mezclaba sin orden ni concierto sus preferencias literarias, la hipoteca de su piso, las letras del coche y la cantidad de dinero que se gastaba en pañales mensualmente. No llegaba a fin de mes. Ernesto Sanchidrián estaba aún más tenso que López, porque dudaba de que Ediciones Próxima llegara a fin de mes; le hacía falta un golpe de suerte para reflotar la empresa y evitar un expediente de crisis. Le pidió a su relaciones públicas, Juancho Calvino que airease entre la

La señorita Marga Esplugues mecanografió el manuscrito, teniendo que descifrar mi difícil letra.²

prensa y los críticos que tenía en su poder un manuscrito que podría ser la revelación literaria más importante en España desde *Bartleby y compañía*. Juancho realizó su trabajo a la perfección, mucho antes de que se tomase la decisión de publicar el *Manual del buscador de oro*. Fue entonces cuando López entrevió la posibilidad de vivir desahogadamente en Colombia con unos cuantos millones de más. Laura Fernández prometió una distribución eficaz que incluiría, además de grandes superficies y librerías especializadas reales y virtuales, gasolineras, supermercados de baja gama, quioscos, el boca a boca, vendiendo al *Círculo de Lectores* los derechos de la edición especial. Laura era mi contacto con el mundo y en más de una ocasión me escondió en su propia cama.

- ² La señorita Esplugues corrigió además mis numerosas faltas de ortografía y de gramática. Me mostró siempre con gran delicadeza y profesionalidad todos mis errores. Marga se encontraba en una difícil situación vital y este trabajo supuso para ella la prueba de que su vida aún no se había acabado. Cercana a la jubilación, estaba en plena depresión cuando la conocí. Siempre se mostró de acuerdo con mi texto y, a pesar de no poseer ni voz ni voto en Consejo de Redacción, intento influir, sin mucho éxito, en mi favor. Me di cuenta de que se había enamorado de mí y ello me supuso un espinoso problema moral, pues la opción más fácil, mandarla a freír espárragos, no me parecía la más justa. Lo cierto es que, con tanto miramiento por mi parte, acabó por pensar que tenía alguna chance conmigo, un prófugo de la justicia que nunca dormía dos veces seguidas bajo el mismo techo (excepción hecha del piso de Laura). Aunque se llevó una gran

El juez don Lorenzo Téllez puso todas las trabas que pudo a los recursos que mi defensa iba presentando en vista a concederme la libertad condicional. Pero es parte de mi vida y, aunque él no lo quiera, le muestro mi agradecimiento.³

decepción cuando supo quién era yo, siguió queriéndome en secreto y hoy en día somos grandes amigos y confidentes. En la actualidad es mi agente literaria.

³ Don Lorenzo me persiguió con saña cuando me escapé del penal del Dueso a nado. Mandó a todos sus dóbermans en pos mío. En particular, la presencia en la persecución del inspector Otero me resultó francamente lesiva. De él escribiré más adelante. En su momento, no pude recurrir a don Lorenzo, por enemistad manifiesta; incomprensiblemente, el CGPJ admitió que fuera el juez de mi caso a pesar de mantener yo en aquellos momentos una conocida y nada secreta relación con su segunda esposa. El juez se había casado en segundas nupcias con su joven secretaria, Emma, a la sazón alumna mía en la Escuela Oficial de Idiomas. Emma vio la posibilidad de pegar un braguetazo de categoría sin que ello fuera óbice para mantener intacta su independencia. Así se lo propuso a don Lorenzo y éste, calladamente, aceptó, no podía ser de otra forma si pretendía una mujer de bandera para las recepciones. No contaba con que Emma, además de bandera, también era pendón. La relación que mantuvo conmigo la mantenía con cualquiera; mi mala suerte fue que yo estaba encamándome con ella en la época de mi detención, lo fue publicado por la prensa y quedó reflejado en el auto de instrucción.

José Manuel San Miguel, antiguo alumno y gran amigo; nunca le tembló el pulso a la hora de ayudarme, lo que le produjo no pocos quebraderos de cabeza.⁴

⁴ Josema había sido alumno mío; nuestra amistad data de aquella época. Olvidó pronto el francés que yo le había enseñado; cada vez que nos poníamos a hablar en la lengua de Jonathan Littell, la conversación derivaba invariablemente al castellano en cuanto hablábamos de política, que era siempre. Militamos juntos en el PCE en la época del final de la dictadura; yo era entonces del sector eurocomunista, con lo que siempre me llamaba *socialdemócrata*; hoy sigue haciéndolo con todo su cariño, exactamente el mismo que me mostró cuando salí de una comisaría después de una noche de palos, bofetadas, patadas y hostias hasta en el carnet de identidad. De él surgió la idea de darles un buen susto a los fachas de Derecho. Fabricó, con una caja de cartón y unos cuantos cables, una bomba imaginaria; la metimos dentro de una cisterna, en los servicios de hombres. Entonces, llamamos a la facultad diciendo que era un aviso de bomba; cada día se producían unos cuantos y el conserje ni se molestaba en llamar a la policía. Llamé yo le insistí mucho en que era de la ETA y que verificaran los váteres del primer piso. Al cabo de cinco minutos, el despliegue policial era impresionante; cuando se dieron cuenta de que era una broma, los fachas salieron a la calle con cadenas y con ganas de atizar al primero que se les cruzara. Mientras tanto, la policía, abochornada, detuvo a todos los estudiantes de la Agrupación Universidad del PCE. Josema y yo también caímos en la redada. Yo preferí hacerme cargo de toda la responsabilidad. Y como no querían más que un cabeza de turco, pagué yo de forma bestial; no se correspondía el acto con la brutalidad empleada. Fue como matar un mosquito de un cañonazo. Me quedó para siempre una secuela en la pierna

Félix González Carriedo, mi hermano mayor, que tanto ha hecho por mí.⁵

izquierda, de resultas de la cual cojeo cuando ando y me duele cuando va a cambiar el tiempo.

- ⁵ Felico, como es conocido mi hermano Félix en la familia y entre sus amigos, vive en Cabo de Palos, provincia de Murcia, con su mujer, Mariajo. Cuando logré sortear todos los controles policiales de Cantabria, no me lo pensé dos veces y me metí en un camión de verduras murcianas que regresaba con pescado congelado. No recuerdo haber pasado tanto frío en mi vida. Afortunadamente, unas cuantas mantas utilizadas para los traslados de mercancía me salvaron de una hipotermia segura. No sé ni cómo pude bajarme del camión en la lonja de Cartagena. Me adcenté un poco en los urinarios de la estación de autobuses bajo la atenta mirada de un homosexual cuasi octogenario. Me subí en el primer autobús que partía hacia Cabo de Palos. Era una lóbrega y desapacible mañana, el mar Menor apenas se veía entre los jirones de niebla. Felico estaría trabajando en el Centro de Salud; fui hasta allí y le hice una seña desde la puerta. Salió como un rayo y me comunicó que se había enterado de la noticia de mi fuga por la Guardia Civil; le llamaron a las cuatro de la mañana para preguntarle si sabía algo de mí. Al verme en tal lamentable estado, me dio un euro para un vaso de leche caliente y me dijo que le esperara en el Restaurante *El pescador*, en el puerto. Mientras tanto, él fue a pedir medio moscoso y al cabo de cinco minutos estaba ya conmigo; me recriminó que hubiera ido a Cabo de Palos, pues la Guardia Civil seguramente estaría vigilando el pueblo. Me dijo que era mejor no ir a su casa; entonces llamó a Carlos y Luis, un matrimonio de pintores que vivían de camino a la Manga. Les expuso la situación y Carlos accedió

Doña Manolita, que supo ver en sus cartas que yo era un alma inocente.⁶

a acogerme en su casa después de haberlo consultado con Luis. La conversación se alargó más de lo debido a la lentitud articulatoria del pintor. Felico me acompañó hasta su casa. Hicimos el trayecto a pie; él iba delante y yo detrás, a unos cincuenta metros. Yo no podía con mi alma de frío y de cansancio. Al llegar al portal, Felico me dio un abrazo y me dijo que no intentara ponerme en contacto con él, que ya buscaría la manera de trazar un plan de huida y de comunicarse conmigo. Escondidos entre las sombras del portal, Carlos y Luis me recibieron con un fuerte apretón de manos.

⁶ La conocí en plena vorágine de mi fuga. Regentaba en la *rue de Rennes*, en París, un café de mala muerte donde servía platos de lentejas a tres francos. Exiliada de la guerra civil, había pasado por todo tipo de penalidades antes de invertir sus magros ahorros en el alquiler del local, cuya clientela se componía de viejos republicanos españoles, de comunistas franceses y de estudiantes sin dinero. Me hablaron de ella cuando tomé contacto, en el tren, con una familia de emigrantes. Apenas hube bajado al andén de la estación de Austerlitz, a la siete de la tarde del 20 de noviembre de 1975, me dirigí a casa del contacto del partido en París. En Irún tuve la suerte de que la policía de fronteras intentaba localizar a un par de etarras que habían matado una semana antes a un Guardia Civil en Rentería, con lo que apenas miraron el pasaporte que les presenté, que no era mío. Josema me lo había prestado en cuanto se dio la orden de búsqueda y captura del secretario general del partido en Valencia, es decir, yo mismo. Un topo que teníamos en plena Jefatura Central, en la Gran Vía, nos dio el chivatazo. Josema me